

ventud y las mujeres, por una parte, aparecen más creativas que Julio, sí, por otra parte, otros escritores se representan como más profundos o comercialmente hábiles, el espacio de Julio, del habilísimo escritor de *El desorden de tu nombre*, está transido de un desasosiego que agrieta la perfecta superficie narrativa. Este desasosiego, tan exactamente percibido y sutilmente inscrito en el texto, es acaso lo más admirable de esta brillante novela.

Washington University in St. Louis

RANDOLPH D. POPE

Rosa Montero. *Temblor*, Barcelona, Seix Barral, 1990, 251 pp.

*Temblor* es una maravillosa novela alucinante y cautivadora. Al abrir el libro el lector pasa —como Alicia por la cerradura de la puerta— a un mundo en todo ajeno al suyo. La cubierta ya sirve de aviso. Es un detalle del cuadro de Gustave Moreau, *Júpiter et Semelé*, donde se destacan los grandes ojos verdes de la muchacha en trance. La novela transporta la mente de quien la lee a otras atmósferas y la mantiene allí presa hasta el fin; ¿Con qué? Es difícil de explicar, porque el libro ofrece de todo: desde aventuras a la Indiana Jones, lúgubre templo incluido, hasta exploraciones y ejercicios del dominio y del poder transmisor del psique; y un viaje inverso por el tiempo, de una era futura a la prehistoria, ida y vuelta.

Aparte de que la trama es demasiado compleja y emocionante como para poder hacerle ni la más mínima justicia en el corto espacio de una reseña, no conviene contarla porque uno de los atractivos del libro es el suspense que se mantiene hasta la última palabra. Lo que sí puedo decir es que la novela constituye un clímax en la trayectoria narrativa de su creadora, al mismo tiempo que una gran sorpresa, mostrando un talento sin límites, fertilizado en lugar de abrumado por la propia vida interior de la autora.

Curiosamente, Rosa Montero decía en una entrevista con Mick Jagger (*El País Semanal*, 9-10 de junio de 1990) que «uno siempre desea seguir gustando» y que por eso hay que aceptar los mandatos del público que siempre pide lo conocido (p. 35). Pues bien, ella misma no ha seguido esa táctica, como ya de-

mostró con *Te trataré como a una reina*, novela muy diferente de las anteriores, y con el protagonismo masculino de *Amado amo*. Sin embargo, *Temblor*, que a primera vista no tiene nada en común con las obras anteriores, es como otra criatura con los rasgos fundamentales de su estirpe. En ella se encuentran el ideal feminista de la supremacía de la mujer; la preocupación por la deshumanización y el equilibrio causados por la concentración del poder en una o pocas personas; y, al fondo de todo, la angustia ante lo pasajero de todo lo terrestre, un *ubi sunt* que en este caso llega a tener un escalofriante sentido literal, geográfico.

El ansia de retener y de no desaparecer sin dejar rastro, que a Lucía de *La función delta* le causó el impulso de grabar una semana de su vida en un diario, «para que quede algo de mí», se manifiesta aquí en la distinción entre «la muerte verdadera», que es el morir y pasar al olvido, y el ser guardado en la memoria de alguien, mediante el traspaso de momentos inolvidables de la vida de una persona a otra. Como Bella, de *Te trataré como a una reina*, se asustaba al no poder recordar el diseño exacto de los azulejos del cuarto de baño de la casa de su infancia, a Agua Fría, protagonista de *Temblor*, le invade un gran desconsuelo cuando no logra evocar con precisión los dibujos del techo debajo del cual vivió tantos momentos felices con su madre.

Al principio puede resultar un poco difícil adentrarse en el tan inesperado mundo narrativo que se ofrece al lector. También puede causar un poco de pereza el hacerse compañero de las oscuras fatigas por las que tiene que pasar la heroína antes de poder emprender su viaje lleno de aventuras y peripecias. Pero dicho esfuerzo es mínimo comparado con el placer y la satisfacción que proporciona la lectura, una vez superadas estas posibles barreras.

La conjugación de elementos conocidos —en muchos casos «revisados y ampliados», por ejemplo el homoheterosexual Doble Pecado, prostituta para todos los gustos— con una caja de Pandora de aspectos sorprendentes y nuevas figuras inquietantes, da lugar a un mágico mundo novelístico del cual, una vez entrado en él, es difícil salir, incluso después de terminar la lectura.